

HOMENAJE A BERTRAND RUSSELL

BERTRAND ARTHUR WILLIAM RUSSELL, tercer conde Russell y vizconde de Amberley, nació en 1872 y murió en 1970. Recibió en 1949 la Orden del Mérito, y en 1950 el Premio Nobel de Literatura "en reconocimiento a sus variados y significativos escritos en los cuales defiende ideales humanitarios y libertad de pensamiento". En 1957 recibió el Premio Kalinga, que otorga la UNESCO a los mejores divulgadores de la ciencia.

Ya la Revista Universidad Nacional número 5 publicó, en el año de su muerte, los trabajos titulados "La Unica Política Digna" y "La Revolución Copernicana". Ahora, al conmemorarse el primer centenario de su nacimiento, y ante la imposibilidad de realizar una verdadera antología de la vastísima obra de una de las mentalidades más privilegiadas que ha producido la cultura occidental, reproducimos apartes de sus libros "Ensayos Impopulares" (1950) y "Crímenes de Guerra en Vietnam" (1967). Y acerca de su obra y personalidad, publicamos breves ensayos de Rubén Sierra Mejía (Profesor de la Universidad Nacional), Aldous Huxley (escritor inglés y destacado miembro de una familia de sabios), y Max Born (Premio Nobel de Física).

Bertrand Russell murió en 1970 cuando aún gozaba de una lúcida juventud de 98 años, que había dedicado a la filosofía, las matemáticas, la literatura, la política, el magisterio y la ironía. No hay ningún temor de caer en la hipérbole si decimos que desde Leibniz, Europa no había vuelto a producir una mente más universal y más vigorosa que la suya. La cantidad y calidad de sus obras, junto con la variedad de temas tratados en ellas, le dan el sitio en la historia del pensamiento contemporáneo que le quiso negar George Santayana en un juicio que no puede ser más desacertado e injusto: “No dejó un monumento —a menos que lo sean sus *Principia Mathematica*, escritos en colaboración con Whitehead— que haga justicia a sus facultades y le dé un sitio en la historia”. Santayana no se detuvo en negarle un sitio en la historia, sino que además exageró su injusticia al preceder aquellas palabras de estas otras: “en relación con sus facultades, *era un fracasado*”. Para no ser a nuestro turno injustos con el filósofo americano, debemos aclarar que ese fracaso que le reprocha a Russell se lo reprocha por no haber producido una obra a la altura de las facultades que poseía y que lo colocaron por encima de sus contemporáneos*. Si se exceptúan los citados *Principia Mathematica*, es cierto que no escribió una obra de la naturaleza de la *Critica de la Razón pura*, la *Fenomenología del espíritu* o las *Ideas para una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. Su pensamiento filosófico —al cual nos referiremos en estas líneas— está expresado, por el contrario, en obras que no pueden ser calificadas de monumento y que con frecuencia tienen un marcado carácter de divulgación. Pero su contribución a la historia de la filosofía no debemos juzgarla —y es allí donde radica la injusticia de Santayana— por la falta o presencia de un libro que tenga la majestad

* El presente artículo tiene un carácter puramente divulgativo y un propósito muy limitado: destacar entre nosotros el primer centenario del nacimiento de Bertrand Russell. Aquel carácter y esta limitación justifican que esté escrito en un estilo poco adecuado para la exposición filosófica y que hayamos prescindido de las referencias bibliográficas. El juicio de George Santayana fue tomado de *Mi anfitrión el mundo* (Buenos Aires, 1955), tercer volumen de sus memorias.

de un monumento, sino por los problemas que trató y suscitó, y por los horizontes que abrió a la investigación filosófica. Si juzgamos a Russell desde este punto de vista, no hay duda que es junto con Wittgenstein y Husserl el filósofo más rico y denso del siglo XX. Hablar del "fracaso de Russell" no logra ser más que una ligereza que pasaría desapercibida de no haber sido el autor de este juicio una mente tan receptiva como la de Santayana y que además estaba situada en el mejor ángulo cultural para apreciar la dimensión de la obra de Bertrand Russell.

Dos de las grandes corrientes filosóficas de este siglo —el positivismo lógico y la filosofía analítica— recibieron impulsos iniciales del filósofo inglés. Para A. J. Ayer no cabe duda que la segunda corriente citada es un desarrollo de ideas russellianas. Russell es también por esta razón un filósofo cuyo estudio no puede esquivarse cuando se pretende conocer la filosofía actual. A su concepto de la filosofía vamos a dedicar el presente artículo con ocasión del primer centenario de su nacimiento. No será una guía para la lectura de Russell ni tampoco un estudio crítico de su pensamiento filosófico. Una guía para su lectura nos la ofrece el propio Russell, en una forma brillante, en *La evolución de mi pensamiento filosófico*. Y un estudio crítico podemos encontrarlo en Wood (*Russell's Philosophy: A Study of its Development*) y en los diferentes colaboradores de *The Philosophy of Bertrand Russell* editada por Schilpp, sobre todo en los trabajos de Moore, Black, Nagel, etc. Nuestros propósitos son los de ofrecer una imagen de su concepto de la filosofía que sirva de presentación —si es que aún es necesaria— de su sistema filosófico.

Su filosofía se conoce con el nombre de *atomismo lógico*. La expresión es suya. En esta tendencia filosófica estuvo acompañado por Moore, uno de los cofundadores del movimiento, y por el primer Wittgenstein, discípulo de Russell, de quien éste habría de recibir a su turno una fuerte influencia. Reconociendo el peligro que se corre cuando se quiere reducir a pocas palabras la complejidad de una filosofía, vamos a decir esquemáticamente lo que quiere decir —lo que él significa es mucho más complejo y no cabe dentro de nuestros propósitos— el atomismo lógico.

En sus comienzos, la filosofía inglesa moderna tendió a interpretar el problema del conocimiento a partir de sus elementos primarios e in-

divisibles. Así Locke y Hume parten en sus análisis filosóficos de las percepciones e ideas como elementos primarios del conocimiento. Se puede decir que el empirismo clásico es un atomismo psicológico, pues toda su filosofía queda reducida al análisis de átomos de contenido psíquico. Esta orientación le imprimió un sello a la filosofía inglesa hasta el punto que no ha podido deshacerse de los datos de los sentidos. En gran parte las discusiones filosóficas se han reducido a querellas sobre la interpretación de estos datos. Russell, si bien toma de la tradición inglesa el anhelo de partir de los elementos primarios e indivisibles del conocimiento, se aparta de esa misma tradición al considerar aquellos elementos o átomos como siendo de naturaleza lógica y no psicológica. No es pues de un análisis psicológico de las ideas, a la manera de Locke o Hume, de donde debemos partir, pues éstas son siempre algo fragmentario, sino de las proposiciones como expresiones de pensamientos con sentido completo. Y en cuanto las proposiciones son la expresión del pensamiento por medio del lenguaje, se hace necesario un examen de éste. Pero regresemos al atomismo lógico. Si los elementos primarios de los que se debe partir en el análisis filosófico son las proposiciones, hay que entender que se trata de proposiciones atómicas o simples y no de proposiciones compuestas o moleculares. La filosofía de Russell guarda también aquí su analogía con el empirismo clásico que en sus análisis reducía las ideas compuestas a ideas simples.

En la "Introducción a la segunda edición" de los *Principia Mathematica* es enfático en decir que todo su sistema comienza con las proposiciones atómicas, y que esto es aceptado como un *datum*. Pero no es sólo su sistema lógico, sino todo su sistema filosófico, el que se fundamenta en un análisis de aquellas proposiciones. Al fin de cuentas para Russell la esencia de la filosofía es la lógica. Es por esta razón que a lo largo de su voluminosa obra filosófica, reaparece constantemente el tema de las proposiciones atómicas como los elementos cuyo estudio es previo a toda investigación filosófica. En la citada "Introducción", define negativamente las proposiciones atómicas como aquellas que no contienen partes que a su vez sean proposiciones pero que tampoco contienen las nociones de *todos* y *algunos*. Positivamente las define en *La filosofía del atomismo lógico* como proposiciones que contienen un solo verbo, pero con la advertencia posterior (*Investigación sobre el significado y la verdad*, 1940) de que "esto sería exacto sólo en un lenguaje estrictamente lógico". Estas proposiciones no son úni-

camente de la forma *S es P* —o atributivas—, pues esto sería darle un crédito a la lógica aristotélica, crédito que siempre le negó Russell. Es cierto que dentro de una jerarquía de simplicidad de las proposiciones atómicas, las más simples son las que establecen la relación de posesión de un atributo por parte de un sujeto. Pero también debemos tener presente la discusión russelliana sobre la teoría aristotélica de las proposiciones, para concluir que frente a aquellas proposiciones de la forma *S es P*, hay que aceptar como atómicas las relacionales, sean cuantos sean sus elementos relacionados. Siguiendo la misma jerarquía de simplicidad, nos encontramos luego con formas como *aRb*, *aRbRc*, etc., ejemplos de las cuales pueden ser: “A está a la izquierda de B”, “A da B a C”. Dicho de otra manera, las proposiciones atómicas no tienen que ser necesariamente monádicas; también pueden ser diádicas, triádicas, tetrádicas, etc. Es de estas proposiciones atómicas de donde se obtienen, al ser unidas por medio de conjunciones —y, o, si, a menos que, etc.—, las proposiciones moleculares, como: “Si llueve, traeré el paraguas”. Por naturaleza esta proposición es diferente de las proposiciones atómicas de que está formada, pues la verdad de éstas la determina la observación, mientras que en aquella la verdad no depende de la afirmación o negación de sus proposiciones atómicas, sino de la relación formal de que la segunda se deduce de la primera.

No ya desde un punto de vista formal, una proposición atómica es definida como la que expresa un hecho atómico. Análoga definición puede darse de la proposición molecular: como la que expresa un hecho molecular. Nos encontramos así con un nuevo concepto que está íntimamente relacionado con el atomismo lógico. “Cuando hablo de un ‘hecho’ me refiero a aquello que hace verdadera una proposición”. No se trata de cosas, sino de que “cierta cosa tiene cierta cualidad o que ciertas cosas tienen cierta relación”. Hechos no son Napoleón y Josefina sino que Napoleón se hubiese casado con Josefina. En conclusión, los hechos nunca son simples; por el contrario, siempre tienen dos o más elementos. Los hechos moleculares, al igual que las proposiciones, pueden analizarse hasta encontrar los átomos que los componen. En su célebre prólogo del *Tractatus logico-philosophicus* de Wittgenstein, Russell nos da un ejemplo: un hecho como *Sócrates es un sabio ateniense*, está compuesto de dos hechos atómicos: *Sócrates es sabio* y *Sócrates es ateniense*. Naturalmente el problema no es tan simple. Debemos recordar que para el Wittgenstein del *Tractatus*, una proposición

sólo tendrá sentido si tiene una estructura semejante a la de un hecho atómico, lo que no es otra cosa que una logicización de los hechos. La dificultad está en que no existe siempre esa correspondencia de estructuras.

Sin que se quiera decir —lo que sería un error monumental— que la lógica de Russell tiene fundamentos metafísicos, sí es clara la relación que existe entre su lógica y su metafísica. Pues es a partir de estructuras lógicas como desarrolla su sistema filosófico. Justamente su crítica a la lógica aristotélica, y en especial a su doctrina del juicio (crítica que tiene su primera versión en *La filosofía de Leibniz*), radica en el rechazo al fundamento metafísico de aquella teoría. La teoría del juicio (o proposición en la terminología filosófica moderna), interpretado únicamente como estructura de sujeto-predicado (*S es P*), tiene su origen en la teoría de la sustancia que juega un papel tan decisivo en la metafísica tradicional, pero que para Russell no es más que una conveniencia lingüística transferida a la metafísica. “La ‘sustancia’, en una palabra, es un error metafísico, debido a la transferencia, a la estructura del mundo, de la estructura de oraciones compuestas de un sujeto y un predicado”.

Con lo que se ha dicho, tenemos dos características fundamentales de la filosofía de Russell: 1. Su concepción de que la esencia de la filosofía es la lógica; 2. El papel estratégico que le asigna al análisis del lenguaje en la solución de los problemas filosóficos. No se trata de que la lógica sea un instrumento a la manera como la concibe Aristóteles, sino de algo más radical: de que es la esencia de la filosofía. Menos se trata de una reducción del *corpus* filosófico únicamente a lógica, pues en su sistema sigue existiendo la posibilidad de otras disciplinas filosóficas, como la metafísica. Estas sólo tienen validez en cuanto tienen fundamentos lógicos. Nos encontramos así con un vuelco total de la concepción tradicional de la filosofía. Como lo decía Descartes en una figura estilística que recogía el pensamiento clásico, la metafísica es la raíz del árbol de la ciencia. El papel de la lógica —siendo muy importante— era el de ser mero instrumento formal de las ciencias. En Aristóteles ni siquiera estaba clasificada entre éstas. Es decir, en Russell la lógica usurpa las funciones que se le reconocían a la metafísica en sistemas como el aristotélico y el cartesiano. Su posición sin embargo se aparta —aunque las inspira— de filosofías como el positivismo lógico, que reduce la filosofía a lógica, y que a partir

de esta posición le niega toda posibilidad de existencia a la metafísica. En "Atomismo lógico" (1924) encontramos el siguiente párrafo que expresa muy bien el carácter de su filosofía: "Sostengo que es la lógica lo fundamental en filosofía y que las escuelas deberían caracterizarse por su lógica más bien que por su metafísica".

Russell tampoco puede ser asimilado a los que reducen la filosofía a análisis del lenguaje. Es cierto que éste ocupa un papel estratégico en su tarea filosófica, pero fue cuidadoso de no ir a tomar posiciones extremas con respecto a la función del análisis del lenguaje. Es cierto también que para él el origen de muchos errores metafísicos está en el uso de una mala gramática, y que le reprocha a filósofos como Leibniz que de propiedades del lenguaje infieran propiedades del mundo. Hemos visto lo que decía sobre la sustancia. Un juicio análogo emite sobre la esencia, para dar al traste con dos conceptos fundamentales de la metafísica tradicional. Un análisis del lenguaje deja ver claro que allí se trata de pseudo-problemas. En esta crítica Russell se movía dentro de la más pura tradición inglesa. Es la herencia que le viene de Locke, y cuyos orígenes pueden verse con claridad en Bacon quien denunciaba al lenguaje como fuente de errores filosóficos. Se dijo que el análisis del lenguaje es necesario ya que en el lenguaje están expresadas las proposiciones, y hemos visto cuál es el valor de éstas en la filosofía de Russell. Para éste, aquel análisis tiene una doble función: mostrar los errores de la metafísica tradicional y establecer las condiciones de expresión correcta de las proposiciones. No sobra que hagamos una cita de *Los Principios de las Matemáticas* que sin comentarios muestra muy bien la importancia del análisis del lenguaje en la filosofía russelliana: "El estudio de la gramática es capaz, en mi opinión, de arrojar mucha más luz sobre las cuestiones filosóficas de lo que suelen suponer los filósofos. Si bien no podemos asumir, sin más crítica, que a una distinción gramatical corresponda una diferencia filosófica genuina, aquella constituye *prima facie* un testimonio de ésta, y a menudo puede utilizársela con gran fruto como punto de partida para su descubrimiento".

Este texto además es un buen testimonio de la cautela russelliana en el análisis del lenguaje, cautela que lo llevó a rechazar posiciones exageradas de algunos positivistas lógicos, para quienes los problemas metafísicos se deben sólo a malentendidos lingüísticos. El camino para superarlos es entonces el análisis lógico del lenguaje. Valery tendría la razón suprema cuando dice que la filosofía (habría que leer: la me-

tafísica) “si se le quitan las cosas imprecisas y las ya refutadas, se reduce entonces a cinco o seis problemas, precisos en apariencia, indeterminados en el fondo, negables a voluntad, reducibles siempre a querellas lingüísticas y cuya solución depende de la manera de escribirlos”. Para una eliminación definitiva de estos problemas no habría necesidad sino de acompañar a la gramática lingüística de los lenguajes naturales de una gramática lógica de los mismos. Es igualmente radical su rechazo a una corriente filosófica que ha tenido su nacimiento y su crecimiento en Inglaterra, que predica que el lenguaje común, el de la vida cotidiana, es suficiente para la filosofía. Como lo expresa Bouveresse, la imagen caricaturesca de esta filosofía, es la de ser una lectura sabia del diccionario. Para Russell es claro que este lenguaje común es insuficiente, y que en consecuencia es mejor disponer de un lenguaje especial. Son conocidos todos sus esfuerzos para proveer a la filosofía de un lenguaje especial que esté por encima de los ideoslectos de los filósofos y que supere todas las dificultades provenientes de las deficiencias del lenguaje común.

El nombre de Bertrand Russell también está unido al concepto de *filosofía científica*, que tanto se ha manejado en los círculos neopositivistas. En su versión exagerada, este concepto reduce la filosofía a *ancilla scientiarum*, negándole toda posibilidad de áreas específicas de estudio. Su función está delimitada por su carácter lógico; como lo expresa Carnap, la filosofía consiste en “el análisis lógico de las proposiciones y conceptos de la ciencia empírica”. El término *filosofía científica* puede dar la falsa idea de que se trata de una filosofía inspirada en los resultados de las ciencias, como sería el caso de Bergson. Esta tendencia, sin embargo, no es característica de la filosofía científica, aunque tampoco prescinde de aquellos resultados. Es más bien una tendencia que puede observarse a lo largo de la historia de la filosofía, pues ésta pocas veces ha estado de espaldas a la ciencia. De lo que se trata es de transferir a la filosofía los *métodos* de las ciencias. Desde este punto de vista, su esencia es el análisis y no la síntesis. En esta forma, no son posibles los grandes sistemas filosóficos, productos de mentes vigorosas que crean sus sistemas con plena autonomía conceptual. Tampoco es posible que se siga confundiendo la filosofía con su historia. Dicho en otras palabras, no es posible ahora que el *corpus* de la filosofía sea una y la misma cosa que su historia. Por el contrario, tiene que compartir la suerte de las ciencias, es decir, tiene que dejar de ser

histórica para ser acumulativa. De hecho, en las corrientes filosóficas que se han inspirado en Russell, no encontramos sistemas individuales, a semejanza del platónico o el hegeliano, sino sistemas en los que las grandes figuras no han hecho otra cosa que contribuir con los resultados a que han llegado a configurar el *corpus* del sistema, no en forma distinta a como ha sucedido en matemáticas o en física. Russell mismo no escapó a este destino. Si hemos hablado de sistema filosófico de Russell ha sido en forma metafórica. Lo correcto sería hablar de sus contribuciones a la filosofía: de la teoría de los tipos, de la teoría de las descripciones, por ejemplo.